

# A piel de mezquite

Rafael Acosta

AEROTRANSPORTADO. AEROTRANSPORTADO.

Masacre de aerotransportados,  
incendio y explosión.  
Las brasas. Ya no rojas, no más.  
Blancas, manchas negras.  
Los olores que se quedan en el aire,  
mezquite que se eleva.  
Quiero meter las manos en sus ardores.  
Sentir los restos, sentir la ausencia.  
No lo hago. No estoy tan imbécil.  
Pero quiero hacerlo igual.  
Sólo veo el humo que todavía queda.  
El patio me muestra una noche fresca,  
donde el calor de las cenizas serena.  
Mezquite que se eleva.  
Se fue ya la gente, borracha, medio ausente.  
Fútbol, pañales, recuerdos.  
A mis amigos se los tragó todos el tiempo.  
Pero aquí estamos, permaneciendo,  
o casi todo permanece,  
aunque se vaya yendo.  
La niña de la López Mateos.

Tenía dieciséis años.  
Yo.  
Graduado de pendejo.  
Pero insatisfecho.  
Quería cambiar mi cuarto.  
Quería tener espacio propio.  
Y necesitaba, en él un escritorio.  
Mi padre me dijo que si lo quería,  
lo tenía que hacer yo.  
Y de mezquite.

El mezquite es madera dura,  
como su pinche madre.  
Como piedra, como fierro, como hueso.  
Sin tolerar termitas, chingaderas.  
Me pasé las mañanas del verano  
con mis manos encallándose en ella.  
Mi padre me abrió el garage por vez primera.  
El cepillo, las brocas, la sierra.  
Se sentó conmigo a pendejearme,  
cual debe un padre.  
Así no cabrón, te lo vas a echar.  
Si te cortas el dedo no te lo voy a pegar.  
Eso cabrón, como si tuvieras huevitos,  
que no anden dudando que eres m'ijo.  
Las horas pasaban, y yo, plebe,  
sin darme cuenta, anzuelo trabajando.  
Cual debe.

La noche no huele a jazmín.  
Se ha quedado en hueco.  
La noche tiene carencia.  
Esto es mi casa, más no estoy en ella.  
Uno nunca abandona la niñez.  
Crecí, aprendí, amé y viajé,  
pero no la abandoné.  
Se me enceniza la Tierra,  
me rehuye lo que queda.  
El uniforme me dice,  
pendejo,  
p'allá, no queda nada,  
cenizas nada más.

Y el hueco, en la noche, llega como policía,  
para echarme,  
para darme la noticia,  
que la primera mitad ya se me ha ido,  
que solo un sentido tiene el camino.  
Se ha ido.

Fresca.  
Gloriosa  
Más que primera cerveza en junio.  
Su piel era fresca en el verano,  
como embrujo.  
Todo es para siempre hasta que ya no es.  
Pero era eterna,  
ardiente y fría,  
dura y tierna.  
Me perdía y me hallaba en su cintura,  
descansaba mi cabeza en sus piernas duras.  
De piedra ha de ser la cama,  
de piedra la cabecera,  
la mujer que a mí me quiera.  
La niña de la López Mateos.

Los olores que no se quedan,  
el tiempo y vida muerta.  
El mezquite del otro lado de la cerca,  
cuyas ramas, secas, cuelgan.  
El mezquite de este lado de la cerca,  
que todavía, apagado,  
quema el altar de mis pasiones,  
el altar de mis t-bones.  
Lo más extraño es lo aproximado.  
Lo que es igual, pero no tanto.  
Lo casi perfecto es el sabor de los infiernos.  
La noche me duele, de falta,  
como si fuera un miembro fantasma.  
La vida me ha dado y quitado.  
A todos, a ellos, a mí, a nosotros  
[nos habrá atropellado.  
El colado, parado en la morgue,  
viendo a unos y otros, enroque.

¿Despertarán ellos un día con carne que no es carne?  
Un día, una mañana, sin nada que tocarse.  
El mezquite mantiene forma,  
Un tronco de cenizas,  
mis manos calientes sin callos,  
vida de mentiras.  
Las largas blancas ramas de mezquite ardiendo,  
los flacos, vagos cuerpos de olor pudriendo.  
Tan parecidos, tan vividos, tan amados.  
Pero todos son tan parecidos, tan extraños.

Esa fue la primera vez que me enamoré del alma.  
Mi padre me enseñó a tallar,  
a desdeñar la madera llana.  
A abrirme camino entre la resistencia,  
a verme, en la madera dura,  
un patrón en ciernes, con las manos,  
cuidadosamente extrayendo la belleza  
que aún no imaginan mis dedos.  
Lijé y lijé y lijé.  
Sin ladrillo, sin nada.  
Mi papá me dijo que el hombre,  
esa rata,  
es para gastarse haciendo,  
para disolverse en la noche como un hielo.  
Nada más,  
cuando pasaba por la madera mis dedos,  
cuando la recorría, mi corazón disuelto.

Mi jaibol, todo líquido, en la mano.  
Cuando uno ve el granero, incendiarlo.  
Desde las cuevas, desde los llanos,  
alimentar el fuego, que crezca, sin cuidado,  
sin anhelo, como el desierto,  
que pone su toque, duro y liso,  
entre montaña y montaña,  
de chaparral tostado,  
recocado y horneado  
bajo el sol de la mañana.  
Mi hambre de nada,  
un mezquite en trozos,

colocado, en una chocita,  
preparada,  
para abrasarme en todo e incendiarlo.  
Los restos negros de una vida que pasó  
y ya no era mía,  
brasas baldías,  
edificio en cueros,  
al levantarme me domina el hueco.  
Hambre vacía, de algo que fue todo  
y ya no es nada,  
ni recuerdo, ni su trazo, enterrada.

Esa fue la primera vez que me enamoré  
[de los huevos.  
Que no es menos,  
ni es más simple,  
ni es más cierto.  
El día que descubrí que yo era también carne,  
que no algo que habitaba,  
sino carne.  
Rodeado de esas piernas  
duras como el hielo,  
asado en un horno de mezquite a fuego lento.  
Ella me miraba y me decía qué hacer,  
porque yo sólo sabía qué entraba en qué.  
Me enseñó a usar  
labios, lengua y dedos.  
Pulía despacio sus piernas y sus pechos,  
con recelo.  
Esas piernas de mezquite, hielo y fuego.  
La tarde se apagaba, me cubría:  
una cama sobre la López Mateos.  
Entre sus piernas me cogí al universo.

La noche sigue el camino de mi botella,  
la segunda.  
Se me acabó ya el agua mineral, me queda la  
[penumbra.  
La mina cuando se abre, oculta y muestra  
[el desconocido fondo,  
no hay licor que apague  
esta sed eriza.  
El miedo, miedo del deseo,

cuando sale de la tierra,  
cuando se enfoca y se pierde  
y se vuelve inalcanzable  
y no deja.  
Solo la noche negra,  
vacía,  
tan vacía que está poblada  
y el carbón humeante,  
que eleva al cielo los olores de sus brasas.

Cuando terminé el escritorio,  
y en vilo  
mi hermano y yo,  
lo llevamos a la puerta,  
girando con cuidado  
y topó.  
Ni un raspón namás, con un pedazo de la chapa,  
ni rasponcito,  
cosa de nada,  
ni siquiera una pulgada.  
Pero el escritorio en el pasillo, sedentario.  
Mi ilusión no entró por las puertas de mi cuarto.  
Deshacer puertas o muebles,  
maquinar lo maquinable.  
Abrir las puertas de lo posible a lo improbable.  
La sorpresa en el rostro de mi madre,  
al volver y ver los trabajos de mi mazo.  
Y sus voces,  
y las reacciones de mi padre  
y el merecido y buen chingazo.  
El cemento y la pintura,  
el marco y su tallado,  
el trabajo para deshacer lo bien andado.  
Amor de mi alma para el que no hay puerta  
[que no abra.

Y miro con hambre retrasada  
los borrones que escupe el retroproyector  
[de mi cabeza.  
La sensación de esperar la destrucción,  
de fuego que recorre el chaparral,  
de sequía, de condena.

De ser flama,  
flama que tira a brasas,  
que todo se lo lleva la chingada,  
la belleza,  
esa puta flor silvestre,  
bluebonnet que apenas se mira se te pierde.  
Tiempo de pulir y tiempo de quemar,  
tiempo de crecer y tiempo de ahuecar.  
Mi mano en la brasa ya ni siquiera quema,  
se ha consumido todo,  
solo la mancha me queda.  
Los perros del tiempo llevan rato con hambre  
[de más huesos.

Había llegado desde Chihuahua a Piedras Negras,  
para arrancar trabajando,  
nuevecita,  
en la empresa de donde sacaba el nombre el pueblo.  
La conocí en un camión,  
tratando de pasar el tiempo.  
Platicando, su cercanía resistiendo.  
Era una niña ahora pienso,  
veintidós años, mas yo nuevo.  
En mis oídos su lengua,  
experiencia,  
sostentación.  
Ella venía de Chihuahuas,  
yo de Torreón.  
Sus ojos,  
un tobogán, largo y eterno,  
un perverso y amable descenso.  
Como ser depositado, con cuidado en los infiernos.

El día que me bañé en agua de Siloé  
y se cayeron las escamas de mis ojos,  
el día que no me ha dejado  
aunque me haya ido,  
pasó hace tan poco.  
Los años corren otra banda,  
el tiempo no puede ser una cosa.  
En algún lugar  
esas ramas de mezquite aún se elevan,

aún se posan en mis hombros,  
mis orejas,  
aún brincan gozosas.  
Me aprietan y me jalan,  
me cubren y me ensamblan.  
Pero la vida es una cosa que sucede  
cual fauces de jauría.  
Sangre,  
ranas,  
piojos  
y tábanos,  
pestilencia,  
oscuridad,  
granizo  
y las heridas.  
Y las langostas imparables, a devorar  
[al primer hijo.

Todo edificio  
es un terreno baldío.  
Todo lo nuestro  
un cadáver a la espera,  
todos los nuestros una muerte  
[en puerta.

Aquel día,  
dieciséis años,  
veintidós de ella.  
La casa vacía,  
afuera la alberca.  
El sol,  
el agua,  
la brisa,  
la carne,  
un frescor ardiente,  
me cubre su pelo.  
Siento las largas duras piernas atarme,  
hundirme,  
sus labios robándome el aliento.  
Las gotas de agua que marcaron nuestro rastro,  
del jardín,  
a la sala,  
hasta el cuarto.

Dura carne,  
depositada en el escritorio mientras me hincó  
[en oración.

Mientras me pierdo en su follaje,  
mientras dejo de ser yo.  
Solo su aroma quedaba, quedaba,  
ahora ni eso.

Sin rostro, sin carne, cuerpo negro,  
sin nombre a lo lejos,  
uno más, estrofa más,  
ni siquiera el coro en la canción.  
La casa en brasas.  
Una pipa de gasolina barricada.  
Las noticias que recibo en una carne asada.  
Aerotransportados,  
funerales,  
vida ya todo atrás.  
Incendio en una casa de la López Mateos.  
Corre el sardino,  
corre el sicario,  
corre mi carro  
y corre el bombero.  
Todo menos yo, corre con el tiempo.  
Cuando los perros de la guerra están sueltos,  
[todos somos otro hueso.

La noche que tragué la mierda,  
que a mi primer amor se lo llevó la Letra,  
la Zeta.

Las largas, rojas ramas de mezquite ardiendo,  
las lenguas que ahora lamen lo que yo recuerdo.  
Las largas rojas ancas de mezquite ardiendo.  
Y aunque clarea ya a lo lejos,  
la noche tiene más que sustancia,  
puros huecos.  
El jazmín que ya no está,  
leña quemada,  
tiempo pasado,  
las largas, rojas ramas de mezquite ardiendo.  
Meto mano a las brasas.  
No queda nada.  
Paredes en ruinas,  
cubiertas de tizne,  
penetradas.

Las largas, rojas ramas de mezquite ardiendo.  
Agotadas.  
Cenizas.  
Duras como el hielo y nada.  
Las largas, rojas ramas de mezquite ardiendo. ■■■